

Ideología y subjetividad: una constelación de los tiempos modernos

*Ideology and subjectivity:
a constellation of modern times*

Pensar mediante el método de las constelaciones, de acuerdo con su formulación por parte de Adorno¹, implica abandonar una estructura jerárquica de conceptos y proposiciones ordenadas conforme a patrones metodológicos deductivos o inductivos y aceptar una disposición horizontal mediante la cual se establecen unas relaciones conceptuales cambiantes que recortan las extensiones y matizan las intensiones de los conceptos que conforman la constelación. De este modo, el pensamiento racional se pliega ante lo concreto de una “realidad” cambiante que persigue expresar mediante el lenguaje y, así, sacarla “a la luz”. Proponemos que la lectura de este monográfico tome en consideración esta forma hermenéutica de proceder, porque la cuestión filosófica que enlaza los motivos “ideología” y “subjetividad”, que solo pueden ser hijos de la Modernidad, incluso de aquel tiempo que supuestamente viene después de aquella y en el que parece que nos encontramos y constituye nuestra actualidad, se escapa a determinaciones claras y distintas, ha perdido el privilegio de la certeza derivada de principios evidentes y muestra una resistencia a explicaciones que depositan sus esperanzas en la elaboración de teorías orientadas en todos los sentidos a los “hechos”, aunque sean “hechos sociales”. La tendencia a las modificaciones de los conceptos y su disposición horizontal es una respuesta que se nos antoja casi necesaria, en todo caso difícilmente eludible, ante las dinámicas transformadoras de las sociedades modernas sometidas a un proceso de aceleración y de metamorfosis nunca experimentado hasta ahora.

En consonancia con lo anterior, hay que decir —más bien, repetir— que ya existen muchas dificultades para hablar de Sujeto o de Conciencia como formas

¹ Cf. Adorno, T. W., *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1984, pp. 165-166.

supremas de todo lo existente, pero que, en discursos que han rebajado el tono, nos las tenemos que ver de todas formas con subjetividades cuyos procesos de formación remiten a un otro que se resiste a ser aprehendido en su totalidad por una conciencia antaño todopoderosa. Este otro puede recibir nombres variados (el inconsciente, el cuerpo, el sistema social, la vida, etc.), pero los referentes designados —esto es lo decisivo— cumplen la misma función: derrocar la soberanía del Espíritu, disolver la identidad del Yo, quebrar la hegemonía de la Conciencia. Nietzsche nos enseñaba que a la muerte de Dios le acompaña necesariamente la del Yo y que ambas ficciones fueron suscitadas por la gramática indoeuropea², y Marx, por poner otro ejemplo, dirigía nuestra atención a esa tupida red de apariencias objetivas que no sólo impedía captar los verdaderos mecanismos socioeconómicos en los cuales se sostenía la sociedad moderna, sino que los reproducía, viviendo y conduciéndose los sujetos bajo el dictado de ese entramado de “ilusiones sociales”³. Parecía que con estos actos de desenmascaramiento podíamos quedarnos tranquilos, porque de nuevo nosotros o alguno de nosotros era capaz de romper el entramado de ilusiones, ese orden espectral que nos hace vivir en una especie de macroespejismo; de nuevo era accesible a nuestro hacer y saber la “verdadera realidad” o, al menos, una realidad más profunda que la desenmascarada y por consiguiente más real que la aparente. Sin embargo, la inquietud reaparecía cuando se tornaba sospechosa esa posición teórica o práctica o ambas cosas que se otorga a sí misma el privilegio de superar la *doxa* porque se tiene una vía de acceso a “lo real” llamada *episteme*. ¿Cómo encontrar ese metalenguaje —un lenguaje lógicamente perfecto— capaz de desvelar las estructuras gramaticales que producen las ilusiones que nos encadenan en el fondo de la caverna? ¿Dónde está esa posición social que nos permite desgarrar el velo de las apariencias objetivas y obtener un conocimiento en conformidad —o con un grado alto de conformidad— con la realidad social? ¿Dónde la interpretación que aporte el criterio que permita medir la verdad o el grado de verdad del resto de las interpretaciones? ¿Dónde el discurso que nos muestre que el rey está desnudo o semidesnudo o vestido como un payaso?

Preguntas como las anteriores, entremezcladas con el placer producido por la liberación de un yugo y la melancolía suscitada por la pérdida de un fundamento, o del fundamento, sin más, vienen formulándose una y otra vez en el campo filosófico después de que haya sido certificada la muerte del Sujeto. ¿De qué Sujeto se trata, quién es el Sujeto que escribimos con mayúsculas? El metafísico, por supuesto, y por tal entendemos el que se configura como referente último de todo lo

² Cf. Nietzsche, F., “Más allá del bien y del mal”, en *Obras completas*, Madrid, Tecnos, 2016, vol. IV, pp. 349-350; y “Crepúsculo de los ídolos”, en op. cit., pp. 632-633.

³ Cf. Marx, K., *El Capital*, Madrid, Siglo XXI, 2017, vol. I, pp. 123-127.

existente, el que se concibe como conciencia pura, el que, mediante el ejercicio de la reflexión, logra la transparencia de sí mismo y de los objetos que comparecen en su dominio (el ámbito de la conciencia), el que goza del poder de la autodeterminación, percibiéndose como la causa de todos sus actos y asumiendo en consecuencia la embriagadora responsabilidad absoluta que corresponde a esa posición suprema. Su muerte, no obstante, ha dejado un resto, un descendiente, que ya no es soberano del mundo, que de sus manos se ha escurrido el criterio absoluto de la verdad, del bien y de lo bello, y que ha perdido por el camino el *libre arbitrio* que le confería el poder de otorgarse una autonomía incondicional. El resto toma el nombre, como ya hemos mencionado, de “subjetividad”, también el de “intersubjetividad” o de “procesos de subjetivación”, términos y expresiones que apuntan al carácter dependiente, condicionado e incluso epifenoménico de lo que antaño se concebía como independiente, incondicionado y sustancial. El Sujeto se ha transformado en subjetividad, lo que significa que no se constituye a sí mismo, sino que se forma a partir de su relación de dependencia con otras instancias externas sin las cuales no llegaría a ser lo que es, tales como el lenguaje (que habla por nosotros), las relaciones sociales de poder y las representaciones sociales (que articulan el modo como percibimos y pensamos el mundo, a los otros y a nosotros mismos) o el fondo genético y el acervo cultural (que predisponen nuestros gustos, inclinaciones, respuestas y actitudes en un sentido u otro). De este resto, residuo de una reducción producto de una crítica inmisericorde, aunque ciertamente no exenta de dolor, hablan de diferentes maneras y desde distintos puntos de vista, generando una polifonía resultante de la participación coral de varias disciplinas filosóficas (estética, filosofía política y filosofía analítica principalmente) y alguna no del todo filosófica (teoría de la literatura), los artículos que componen este monográfico que les presentamos.

Uno de los motivos que contribuyeron a la desconfianza sobre el Sujeto metafísico, a su necesario rebajamiento, fue precisamente el poder de la ideología en la configuración de la subjetividad: la conciencia no era la sede de la revelación de la realidad ni la esfera en la que se realiza el ideal de la transparencia que regula la relación del sujeto consigo mismo y con el objeto al que remite y se le muestra, sino precisamente el ámbito de la deformación, de la tergiversación representativa, de la adulteración del pensamiento en su relación con la “realidad”. El concepto de ideología, en definitiva, es el signo inequívoco de una sospecha radical y persistente sobre los contenidos y la estructura de la conciencia, el índice de una conciencia que ya no puede dejar de mostrársenos en el peor y más extremo de los casos como, en sí misma, falsa conciencia, o como, en un caso más leve, proclive a la falsedad. Ahora bien, de forma análoga a la idea de Sujeto, el concepto de ideología se ha tornado en algo difuso, ambiguo, discutible y, para muchos, un exponente por ex-

celencia de lo ideológico por presuponer un criterio fuerte de verdad o por ignorar el hecho de la fragmentación social de las sociedades contemporáneas, que invalida la consideración de la ideología como argamasa de la totalidad social y como un dispositivo global y homogéneo cuyo funcionamiento permite la reproducción de la sociedad. Una buena forma de apreciar la tendencia a la entropía del concepto de ideología es la consulta de las dos antologías más relevantes, a nuestro juicio, sobre esta cuestión: la obra de Kurt Lenk *Ideologie. Ideologiekritik und Wissenssoziologie* (1961) y la de Slavoj Žižek *Mapping Ideologie* (1994)⁴.

Ambos, Lenk y Žižek, pertenecen a la tradición marxista, aunque resulta bastante clara la diferencia de sus perspectivas teóricas en general, y en particular respecto al asunto que nos ocupa. En este, estas diferencias emergen de la propia selección de los textos que hacen y de los criterios empleados: Lenk abarca, con mirada genealógica, desde los orígenes de esta cuestión en Bacon y su teoría de los *idola* hasta los años 60 del siglo XX; Žižek incluye, de acuerdo a un punto de vista sincrónico del problema que rehúye cualquier tentación historicista, textos publicados desde los años 60 hasta los 90. Sus elecciones son acertadas y sus introducciones muy reveladoras para detectar las razones por las que este concepto se nos presenta de forma polémica. Para Lenk, la tensión fundamental se produce en el seno de la confrontación entre la crítica de las ideologías, característica de las teorías sociales y epistemológicas de Marx y de la tradición marxista, y la sociología del conocimiento, disciplina sociológica que tiene sus orígenes en M. Scheler y, sobre todo, en K. Mannheim. Para las primeras, el concepto de ideología contiene necesariamente una dimensión valorativa-normativa porque, yendo más lejos de la constatación de la función social que cumplen las ideologías, éstas se presentan como un pensamiento falso que se opone al verdadero. Para la segunda, “ideología” es un término exclusivamente neutral (libre de estimaciones de valor) cuya operatividad conceptual estriba en su capacidad para describir la vinculación entre las concepciones del mundo y los grupos sociales o las sociedades o épocas que las sostienen, prohibiéndose entrar en el problema del valor de verdad de esas “cosmovisiones”⁵. En el caso de Žižek la tensión se desplaza a un terreno en el que ya no se sostiene la diferencia entre lo ideológico y lo no ideológico apelando a la demarcación fija e inamovible entre pensamiento falso y verdadero en virtud de la disposición de un criterio absoluto o cuasi absoluto de verdad. Este terreno está dominado por los claro-oscuros,

⁴ Hay traducción en castellano de ambos libros: Lenk, K., *El concepto de ideología. Comentario crítico y selección sistemática de textos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982; y Žižek, S., *Ideología. Un mapa de la cuestión*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003.

⁵ Sobre estos dos significados del concepto de ideología, cf. Mannheim, K., *Ideología y utopía, Introducción a la sociología del conocimiento*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 49-53.

por los tonos grises y por las posiciones hipotéticas y por lo tanto revisables, por criterios “débiles” sobre lo verdadero. No hay que confundir, sin embargo, a los propietarios de este condominio: a él no pertenecen ni los que tildan de “ideológico” el pensamiento de los otros, pero “verdadero” (vale decir: conforme a la “realidad” o “científico”) el suyo, ni los que, con la suficiencia que otorga la simplificación tópica de muchos adalides de lo “postmoderno”, parten de la asunción, por necesidad acrítica, del carácter ideológico de todo discurso. A este condominio, sin embargo, pertenecen los que no se resignan a circular entre los polos del dogmatismo que sabe de la “realidad” y del relativismo ramplón que todo lo disuelve en “puntos de vista”. De él forman parte quienes mantienen con vida la *intentio* crítica, que no puede renunciar, por muy problemática que sea, a la diferencia entre lo ideológico y lo no ideológico, y que nunca dirá que la actitud ideológica es la del otro, pero no la propia, o que todos respiramos de la atmósfera de las ideologías que “valen” lo mismo tanto unas como otras.

Las dificultades no terminan aquí. Habría que añadir la inflación significativa del término “ideología”, que nos obliga a precisar de un modo general las acepciones de este término o a identificar en los escritos sobre esta cuestión el significado —muchas veces los significados— de este concepto. La polisemia de la palabra “ideología”, más aún, del concepto “ideología” tal y como se utiliza en las ciencias sociales y la filosofía, hace conveniente, entonces, un ejercicio de clarificación antes de entrar en materia. Si quieren un ejemplo que destaca por su pretensión de exhaustividad en el análisis de los diferentes conceptos posibles de ideología, lo tienen en otro marxista y semiótico, de nombre Ferruccio Rossi-Landi, cuya clasificación distingue hasta once concepciones de ideología, que van del polo del pensamiento falso al de la visión del mundo⁶. Añadamos, además, una última dificultad con la que hay que contar. Esta puede entenderse como la diseminación del problema de la ideología en una multiplicidad de discursos, de regímenes hermenéuticos y de disciplinas que dificultan —si no hacen imposible— una concepción general de la cuestión de la ideología. Si el “Sujeto” se nos desmenuza cuando hoy lo tocamos, quedando los restos, también la “Ideología” se nos descompone en un conjunto diverso y cambiante ante la aplicación del caleidoscopio teórico de nuestro tiempo. De esta fragmentación, con todo lo que tal cosa implica, es este monográfico un buen ejemplo: por un lado, política, estética, teoría literaria y análisis del discurso son perspectivas sobre el asunto de la ideología por las que discurren la mayor parte de las contribuciones aquí reunidas; por otro, presentan múltiples usos del concepto de ideología y se orientan bajo coordenadas hermenéuticas diferentes.

⁶ Cf. Rossi-Landi, F., *Ideología*, Barcelona, Labor, 1980, pp. 29-54.

Para terminar estos preliminares, queda contar los orígenes de este monográfico y consignar los agradecimientos a todos aquellos que lo han hecho posible. El punto de partida de este proyecto se encuentra en la celebración, los días 12 y 13 de noviembre de 2019 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), de unas jornadas que llevaban por título *Ideología y subjetividad. Lenguajes, redes, imágenes*. Estas jornadas fueron una de las primeras iniciativas del grupo de investigación de la UAM “Genealogías del pensamiento contemporáneo” (GenNeo). Celebrado el evento se invitó a los participantes a que transformaran sus ponencias en artículos, con la intención de reunirlos, someterlos a revisión y proponer, de este modo, la publicación de un número monográfico a una revista científica especializada en filosofía. El resultado final es el texto que tienen en sus manos.

El turno de agradecimientos ha de empezar por los investigadores que aceptaron la invitación de participar con sus artículos en este número monográfico. Por razones obvias, no hace falta escribir sus nombres. Después, ha de alcanzar a los que se implicaron en la organización de las jornadas que están en su comienzo: David Sánchez Usanos, Julia Blanco Martínez, Leonardo Mattana Ereño y, especialmente, Albert Rosell Vancells, pues no sólo participó en la organización del evento mencionado, sino que también colaboró en las fases iniciales del proceso de edición de este número monográfico. Y para finalizar, a Delia Manzanero, la directora de *Bajo Palabra*, quien mostró desde el principio sumo interés por este proyecto, incluso un entusiasmo comedido que sin duda ha impulsado el desarrollo de este trabajo cuya culminación aquí les presentamos.

JOSÉ EMILIO ESTEBAN ENGUITA
Universidad Autónoma de Madrid
j.emilio.esteban@uam.es